

# Marosa, la Foca Curiosa

Este cuento, fue publicado en el libro "El Color del Hielo" (ISBN 978-9974-7952-1-1) editado por el Instituto Antártico Uruguayo con motivo del Año Polar Internacional 2007 - 2008

Email: [wfontes@montevideo.com.uy](mailto:wfontes@montevideo.com.uy)

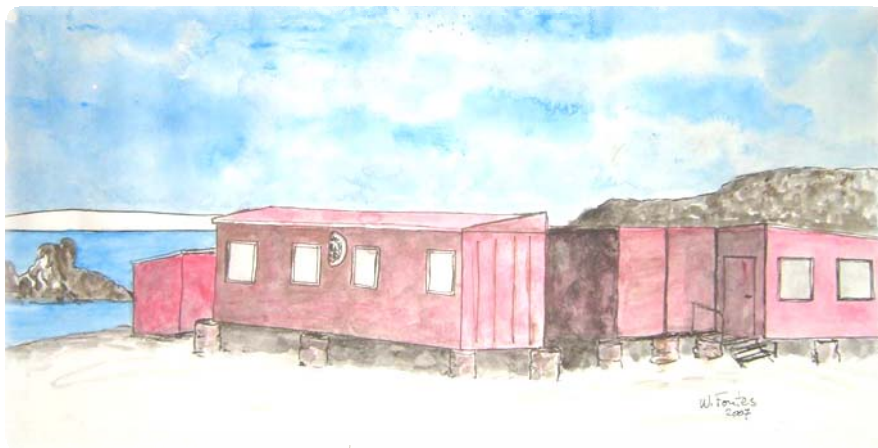
Blog: <http://lodewafo.blogspot.com>

Era una mañana de septiembre y en la base, la ventisca deslizaba la nieve sobre la blanca superficie helada de la calle que llamábamos Avenida Artigas. Como todas las mañanas, con el mate preparado salí de la casa rumbo al comedor donde nos reuníamos a planificar las tareas del día, cuando un resoplido a mis espaldas me asustó.

Aún no había amanecido del todo y además había bruma. Apenas se veía la silueta del comedor al otro lado de la calle y hacia el mar, el blanco del piso se confundía con el blanco de la bruma.

Alrededor de la casa había mucha nieve, pero quedaba un redondeado foso formado por el viento que apilaba la nieve formando una duna, dejando siempre ese hueco vacío.

Pensé en un lobo marino. A veces se instalaban al reparo de nuestras casas.



Me detuve y con precaución, porque los lobos marinos no son muy amistosos, miré detrás de la duna de nieve.

Allí encontré el origen del resoplido: era una foca de Weddell que a cubierto del viento, dormía junto a mi casa.

Era algo normal ver animales descansando o paseándose tranquilamente sin ser molestados dentro de la base Artigas, así que el suceso no era nada fuera de lo común. Por lo tanto me fui rumbo al comedor, sabiendo que la presencia de las personas no le preocuparía en absoluto.

Cuando regresé a la casa, no me acordaba del susto de la mañana y cuando tomé el pasamanos de la entrada otra vez me sorprendió el resoplido.

Como ya sabía que la foca estaba por allí, esta vez no me asusté.

Quedé observando que hacía y me causó gracia la cara simpática con que me miraba.

Las focas de Weddel son de color marrón con algunas manchas oscuras. Tienen unos ojos saltones, redondos y grandes. Su nariz parece de perro y tiene enormes y largos bigotes.

Mide unos dos metros de largo y es bastante gorda. Al final de su cuerpo tiene como una cola de pescado pero con deditos que puede mover como si fuera un pie.

Tiene dos aletas a los costados que también terminan en deditos con los cuales se rasca la cara o la cabeza cuando le pica.

Justamente, mientras yo la observaba, la foca se dio vuelta, me miró, levantó su aleta y comenzó a rascarse muy tranquilamente.

Tenía la cámara en el bolsillo y le tomé una fotografía. El animalito me regaló entonces su mejor pose con sus ojazos tiernos y una amable sonrisa de foca.

La saludé con la mano y entré a la casa, donde tenía mucho trabajo para hacer.

Me senté en la computadora y conecté el cable para bajar las fotos mientras revisaba el correo electrónico.

La foto de la foca sonriendo había quedado muy buena y la puse de fondo de pantalla.

Entre los mails que estaba leyendo y contestando, había uno de un niño de sexto año de una escuela de Montevideo, quien me preguntaba entre otras cosas, qué animales habitaban en las cercanías de la base.

Ya tenía algunas respuestas elaboradas para esas ocasiones, porque por esas fechas, los chicos de la escuela y algunos del liceo también, estudian la Antártida y nos consultan de diversas maneras.

Ya estaba por mandar mi respuesta preparada, cuando me acordé de la foto que tenía de fondo de pantalla. Pensé: -se la voy a mandar a este niño y le pediré que le ponga un nombre a la foca. Adjunté la fotografía y envié el mensaje.

Desde la ventana de la oficina tenía una hermosa vista del mar, pero ese día la bruma no permitía apreciar el paisaje, así que decidí salir afuera y observar a mi amiga foca.

La busqué en el hueco que el viento dejaba entre la casa y la nieve, pero no la vi.

Se veían sus huellas y las manchas rojas del krill que había comido. Caminé por el redondeado zanjón de hielo y la encontré.

Estaba muy cómoda recostada en la nieve, descansando sin ninguna preocupación.

Cuando me vio se acercó arrastrándose sobre su panza. Se detuvo muy cerca de mí y me observó atentamente.

Seguramente si ella tuviera una cámara, me fotografiaría a mí.

Uno de mis compañeros de la dotación de la base Artigas se acercó a mirar la foca también.

-¡Qué simpática es! Dijo mi amigo en voz baja, para no molestarla. - Tenemos que ponerle un nombre, porque parece que se va a quedar unos cuantos días por acá.

-Ya tiene nombre, le expliqué a mi amigo, contándole del mail del chico de la escuela, que me había contestado enseguida. -Se llama "Marosa", le dije.

- ¿Marosa?, Sí, "Marosa, la foca curiosa", dijo mi amigo, que era muy dicharachero. -Le voy a mandar fotos a mi hijo y ya le cuento que la tenemos de visita...

Mi amigo sacó las fotos y se fue para su alojamiento. Yo quedé mirando a la foca y me pareció que me hizo una guiñada, como diciendo que le gustó el nombre.

Era ya mediodía y nos reunimos de nuevo en el comedor para almorzar.

Estábamos entrando al ventisquero donde colgábamos la ropa de abrigo, cuando mi amigo dijo: -miren, parece que Marosa viene a comer con nosotros.

Efectivamente, la foca venía rumbo al comedor muy ágilmente, deslizándose por la nieve blanda.

Lamentablemente no la podíamos invitar a pasar porque las normas del Sistema del Tratado Antártico no permiten que se les de alimentos a los animales, así que le explicamos la situación a nuestra amiga y la dejamos esperando afuera.

Ella no se hizo problema por eso. Además no tenía hambre, al contrario, tenía la panza bien llena y su visita en la base era además de para observarnos a nosotros, para hacer la digestión y descansar antes de seguir su viaje.

Mientras tomábamos un té, la miramos a Marosa por la ventana, quien se entretenía curioseando por allí.

En la tarde seguimos trabajando en diferentes actividades y la foca, recorrió toda la base mirando que hacía cada uno.

Pasó una semana y nos acostumbramos a su presencia. En esos días, otras focas estuvieron en la playa por uno o dos días pero ni siquiera nos visitaron. Solo Marosa era tan atenta y simpática.

El tiempo había estado malo los últimos 10 días y no habíamos podido llevar las provisiones al refugio que debíamos dejar preparado para cuando llegaran los científicos el mes próximo.

Esa mañana la visibilidad seguía siendo mala, pero no había viento, así que decidimos llevar las provisiones.

Cargamos todo en el bote Zodiac, según las normas establecidas para estas operaciones, probamos la radio y verificamos que el GPS funcionara y los datos de la ruta estuvieran bien cargados.

Entre todos cargamos el bote y lo movimos con un trineo hasta la playa. Aún había hielo en la costa, pero encontramos un espacio por donde bajarlo, con ayuda de la marea alta.

Por supuesto Marosa nos acompañó en toda la operación y aunque no colaboró en la carga de los materiales, nos hizo divertirse con su cara simpática.

Zarpamos y en unos 20 minutos estuvimos frente al refugio donde fue fácil desembarcar. Dejamos la carga en la costa, en un lugar protegido y la cubrimos con lonas. Después otro grupo vendría a acondicionarla adentro del edificio y hacer el mantenimiento que fuera necesario.

Cuando la carga estuvo en su lugar, zarpamos de nuevo rumbo a la base.

La visibilidad era muy mala y nos guiamos por el GPS. Una brisa soplaba hacia la costa y a medida que nos acercábamos a la playa de la base, encontramos hielos flotantes que habían sido arrastrados por el viento y la corriente.

No encontrábamos un lugar por donde pasar y comenzamos a navegar a lo largo de la costa buscando un hueco.

Desde la base nos llamaron por radio, preocupados por nuestra demora. Le dimos nuestra posición y les explicamos que no encontrábamos un pasaje para llegar a la costa.

La visibilidad era cada vez más nula, hasta que finalmente quedamos en medio de un banco de niebla que solo permitía ver un metro a nuestro alrededor.

Los hielos eran cada vez más apretados y nuestros brazos se estaban cansando de hacer fuerza para apartarlos con el remo.

-Será mejor quedarnos quietos acá y esperar que el viento mueva los hielos, dijo el lancharo.

-Si, esperemos acá, con el motor apagado, para ahorrar combustible, le dije.

Estábamos cerca de la base, pero no había manera de llegar hasta allí. Pasamos nuestras coordenadas por radio para que supieran donde ubicarnos, aunque en esas condiciones meteorológicas nadie podría llegar hasta allí y ayudarnos.

El frío comenzó a hacer efecto. Nuestras manos se estaban congelando y movíamos los dedos, sin quitarnos los guantes. Nos mirábamos para darnos ánimo y un poco de temor aparecía en nuestros ojos, aunque las antiparras los quisieran ocultar.

Llevábamos dos horas de espera entre los hielos, cuando el mar se comenzó a mover.

El ruido de los hielos golpeando unos con otros nos sacó del letargo y nos dio ánimo. El lancharo intentó encender el motor y tiraba de la cuerda una y otra vez, sin suerte.

En eso, por un costado de la lancha, vimos una cabeza marrón que se asomaba.



-¡Marosa! Le grité a mis compañeros.

La foca sonrió y se metió de nuevo al agua, saliendo por el otro lado del bote. Sacó su aleta y con su dedito nos indicó que la siguiéramos.

El motor aún no arrancaba, así que tomamos los remos y comenzamos a remar.

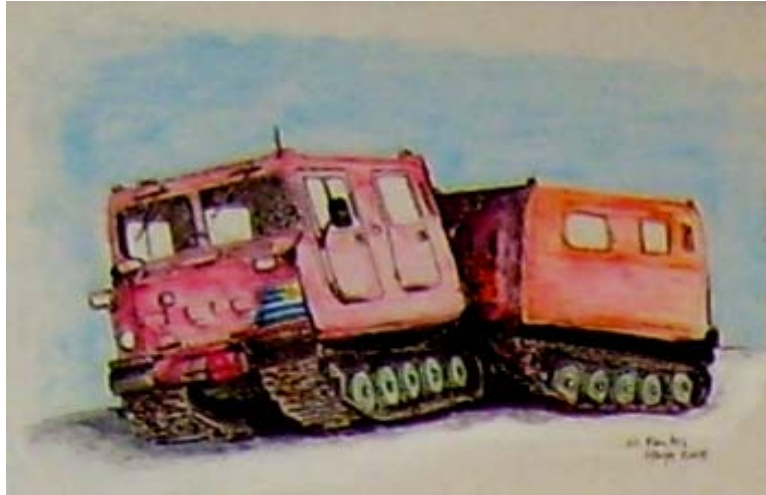
La cola de nuestra amiga apartaba los hielos y su carita nos animaba a seguirla.

En unos minutos, la cantidad de hielo se hizo menor y pudimos movernos. Aún no se veía la costa pero sabíamos que estábamos cerca. Por la radio nuestros compañeros nos animaban a seguir, hasta que sentimos sus gritos en la playa.

En eso el motor arrancó y entonces fue más fácil navegar. La foca aún nos guiaba y por fin vimos la playa. No era el lugar donde habitualmente desembarcábamos pero en ese momento eso no importaba. El lanchero buscó un pasaje entre los hielos, aceleró el motor y lo levantó cuando llegamos a la playa.

Nuestros amigos ya venían en una moto de nieve hacia nosotros, que enseguida saltamos a la playa y ya estábamos sacando el bote del agua.

Mientras hacíamos fuerza con el bote, con las manos endurecidas por el frío, la foca Marosa, nos miraba con su carita simpática, como burlándose de lo torpes que éramos en el agua, por más trajes especiales que usáramos.



El carrier de la base llegó hasta allí y nosotros nos metimos adentro enseguida buscando calor. Nuestros compañeros terminaron de sacar el bote del agua.

Mientras tomábamos un café caliente, la vimos de nuevo a Marosa, que salió a la playa y nos hizo adiós con su aleta con forma de manito.

Se metió en el agua, nadó unos metros y salió de nuevo por entre los hielos, asegurándose de que estuviéramos bien.

Cuando nos dimos cuenta de que esperaba nuestro saludo, salimos del carrier y le hicimos adiós.

La foca se sumergió y sacudió su cola con deditos, despidiéndose.

Los hielos no dificultaron para nada su nado y nos dimos cuenta de nuestra pequeñez en este mundo helado.

A pesar de eso, como intrusos en este universo de hielo, disfrutamos viendo como se alejaba tranquila Marosa, nuestra amiga, la foca curiosa.

---oOo---